



Son dos figuras de fama internacional. Uno en las letras y otro en el deporte. Ernest Hemingway, el célebre autor de "¿Por quién doblan las campanas?" fue entrevistado en su residencia, "La Vigía", en San Francisco de Paula, a nueve kilómetros de La Habana, por el as de la cesta-punta Félix Arellano, "Ermua".

Ernest Hemingway es un entusiasta de la pelota. Félix Arellano descubre sus aficiones periodísticas. No es de extrañar que ambos sean buenos camaradas. Tan buenos que en la presente ocasión el célebre novelista, pese a la circunstancia de hallarse retirado trabajando en la preparación de una nueva novela, ha concedido al improvisado reporter la entrevista que en las páginas siguientes insertamos. Para obtenerla "Ermua", según nos confiesa un buen amigo de ambos, hubo de vencer tenaz resistencia. Pero, claro, ahí reside precisamente la parte reveladora por excelencia, de las dotes reporteriles del simpático zagüero.

ME DIJO HEMINGWAY



Hemingway es un apasionado de la naturaleza y un admirador de las bellezas que en este orden de cosas proporciona el trópico. Recientemente ha adquirido la finca "La Vigia", próxima a La Habana, donde trabaja intensamente rodeado de sus animales favoritos: los gatos.

Fuí a entrevistarlo en su propia casa, y pasé un día delicioso en aquellos magníficos lugares, donde la exuberancia de la naturaleza constituye un recreo para los sentidos, un sedante para los nervios y propicias oportunidades para desentumecer los músculos.

LAS CAMPANAS DO



Por Félix Arellano, "ERMUA".

La verdad es que no sé cómo empezar. Yo soy pelotari. Del periodismo no entiendo nada. Si mis buenos amigos de "Cancha" me hubieran pedido les correspondiera verbalmente sobre los secretos o jugadas que se relacionen con mi profesión, tengo la seguridad de que acertaría a salir del paso. Pero el encarguito que se me ha hecho es fuerte, muy fuerte para mí. Ni más ni menos, que me acerqué a Ernest Hemingway y le haga una entrevista periodística en toda regla.

Hace aproximadamente un mes, me despedí del público mexicano con harta pena. Durante tres meses jugué en el frontón México. Al principio estuve completamente desacertado, torpón, hecho una verdadera calamidad. Después me compuse. Aquel público jamás dejó de animarme, de tratarme con un cariño y calor que hasta me parece exagerado. De ahí que al acceder a los deseos de "Cancha", revista que, por otro lado, considero se merece toda clase de atenciones de cuantos nos dedicamos al jai-alai, aproveché la ocasión para destacar públicamente que de México y los mexicanos guardo mis mejores recuerdos y que estoy deseando se me vuelva a presentar la ocasión de reaparecer ante ellos para brindarles mis mejores esfuerzos y conocimientos.

"Cancha" me pidió que visitara a Ernest Hemingway, el escritor más popular del día en los



En su finca no tiene frontón todavía. Pero si pista de tennis donde en cierto modo, se juega a la pelota. En esta ocasión jugaban con él Pachi Ibarlucea y Alvaro Caro.



Temeroso de que, como periodista, fracasase, quise, al menos, arreglar mi entrevista con abundantes fotografías.

AN POR EL JALALAI

Por FELIX ARETIO (ERMUA)

Estados Unidos y posiblemente en el mundo entero. Hemingway es un gran amigo mío y de todos los pelotaris. Es un hombre atareado que cuando se recluye en su finca de San Francisco de Paula se convierte en un anacoreta. Ahora está trabajando a todo meter. Llegó hace poco tiempo de Europa, a donde fué con ánimo de recoger en el propio campo de batalla el sangrante anecdótico de esta guerra que tanto dolor y tanta miseria ha proporcionado a la humanidad. Su pluma, una fuente de la que brota con pasmosa velocidad un torrente inagotable de crudas realidades, va cubriendo las páginas de un libro que, como las pasiones humanas, tengo la seguridad ha de ser muy negro, pero aleccionador.

El autor de "Tener o no Tener", "¿Por Quién Doblan las Campanas?", "Fiesta" y tantísimas grandes novelas, no quiere ver a nadie estos días. Yo tenía que cumplir mi encargo. ¿Cómo? Como fuera. Abusando siempre de la gran estima que nos tiene a los profesiona-

les de la pelota. Llegué hasta él. Y me recibió. Sin jactancia, me atreví a asegurar que le alegró mi visita. Yo procedía de México. Era, para él, un amigo al que no veía en mucho tiempo. La pelota es su deporte favorito y yo... un pelotari. Hablamos de México, país del que, de paso, diré se expresa con mucho cariño; contesté a todas sus preguntas y, al final, salí con la mía. Es decir, con lo que "Cancha" quería saber de Hemingway.

Cuando partí de México, rogué al director de la revista que ahora accidentalmente me ha hecho colaborador, me facilitara un cuestionario. De ahí que muchas preguntas, al ser yo quien las haga, parezcan carente de sentido común. Si soy amigo de él, debo saberlas; si soy pelotari, también. Con todo, al lector no le interesa mi opinión, sino la de don Ernesto Hemingway. Voy, pues, a sacarle punta al lápiz y a hacer lo posible el mandado. ¡A ver, mi querido director, si, por su culpa, y con evidente razón, hay quien dice "zapatero, a tus zapatos".

—Don Ernesto —comencé interrogando—. ¿qué opina usted de la pelota vasca?

Naturalmente. Hemingway se quedó de una pieza. El ilustre escritor —yo lo sabía— conoce el jai-alai, todas sus jugadas, todos sus secretos, tan bien como el genial José María Ituarte. Tuve que repetirle que me habían embarcado en una seria aventura y que me echara un cordel. Y contestó:

—La pelota vasca es el deporte más rápido y violento de cuantos conozco. Me emociona enormemente. Hace mucho tiempo que lo conozco y, sin embargo, cada vez me gusta más.

¿Cuál es su pelotari favorito?

—Tengo tantos amigos entre ellos, que lamento no poder contestar a la pregunta. Cada cual en su categoría es el mejor.

¿Vió usted jugar a Erdoza?

—Sí, pero con mala suerte para mí. Hacía mucho tiempo que ansiaba ver jugar al "Fenómeno". En América no lo ví actuar. Y, allá por el año 1927, encontrándome en Europa, hice un viaje a San Sebastián con el exclusivo objeto de verle dar sus terribles pelotazos. Una lástima: Erdoza tuvo una mala temporada.

—¿Conoce usted el jai-alai en todas sus modalidades?

—Conozco la pala, la mano, la cesta y el remonte.

—¿Y cuál de ellas es la que más le atrae?

—La cesta-punta. Quizá esto se deba a que es la que más veces he visto jugar y a que entre sus juga-

dores cuento con los más y mis mejores amigos. No obstante, y como el juego de la pelota desarrollado por cualquiera de sus especialistas es muy recio y viril, cuando he visto a Atano, me he entusiasmado; si fué Chiquito de Gallarta, también; en el remonte, me entusiasmó Abrego y en la cesta, cualquiera de ustedes.

No tuve más remedio que corresponder al cumplido, y le contesté con otra flor:

—Don Ernesto, lo mismo que a usted con los pelotaris, me pasa a mí con los escritores. Me gustan todos, pero Hemingway es la excepción.

Luego, y más corrido que una mona, pasé a la otra pregunta del cuestionario. Porque, amigos, que le manden a un vasco a preguntar a un señor qué es lo que opina de los vascos, me parece demasiado atrevimiento. Hemingway se rió. Ya he dicho que es un buen amigo y, como tal, hombre dispuesto siempre a socorrer al que ve apurado.

—Los vascos son muy buena gente. Muy nobles, pero también muy bulliciosos cuando se les caldea el ambiente. He pasado ratos muy alegres con ellos. Les gusta divertirse.

Y con evidente socarronería, como si creyera que no habría de recoger totalmente su opinión sobre los vascos, añadió:

—Apunta también que si los pelotaris vascos se comportaran en la cancha como tienen por costumbre hacerlo en la mesa, todos los partidos terminarían a 29 iguales.

Por mi parte que no me gusta contradecir. Paisanos tengo que en la especialidad citada hicieron de cada fonda un frontón. De donde, naturalmente, inmediatamente les rescindían el contrato.

—¿Tiene usted algún recuerdo impresionante del frontón?

—El pelotazo que recibiera aquí, en La Habana, Julián Ibarlucea. He visto en mi vida muchas personas con heridas de muerte. El accidente de Ibarlucea expuso ante mis ojos el caso de valor y serenidad más extraordinarios que ja-



Me correspondió en suerte un día en que Hemingway se encontraba asediado de visitas. Allí estaban el sacerdote vasco don Andrés de Untzain y dos corresponsales de guerra americanos.

más pudiera soñar. Aquella noche me encontraba yo en el frontón. De repente; Guillermo tuvo la mala suerte de darle a Julián en la cabeza. La pelota sonó exactamente igual que si hubiera dado en el frontis, pero, al mismo tiempo, con un ruido glacial, de muerte. Ibarlucea es amigo mío. Corrí a la enfermería en tal estado de excitación que cualquiera hubiera creído era yo el accidentado. Cuando llegué hasta él, me quedé sorprendido de que me recibiera con pasmosa serenidad y entereza, como si el grave accidente no tuviera ninguna importancia para él.

—¿Cuál es su opinión sobre los pelotaris mexicanos?

—He tenido la mala suerte de que cada vez que visité la gran ciudad de México me encontré con que el frontón estaba cerrado. Por esta razón he visto jugar a pocos pelotaris de ese país. Aquí tuve la oportunidad de conocer al gran de

Para lograr mis propósitos, procuré aislarme con él, y así inicié la preparación de esta entrevista, que se presentaba difícil y terminó mejor de lo que yo esperaba.



Poniéndose a tono con la misión que me encomendaran, extraje las cuartillas que guardaba en el bolsillo y comencé a tomar nota, porque una entrevista para CANCHA no es cualquier cosa...

lantero mexicano Alberto con quien he compartido ratos agradables en tertulias que preparamos en mi finca. ¡Ya lo creo que es un gran pelotari! Por lo demás, puedes decir también que jugué muchos partidos de tennis con él, unas veces teniéndolo de compañero y otras contra él. Me gusta su estilo y su alegre manera de jugar.

Total, que Hemingway es un fanático de la pelota. Yo terminé mi misión, pero al ver que infinidad de cuadros taurinos adornan sus habitaciones, di un salto en el trapicio y vine a caer derechito sobre una plaza de toros. La de México.

—¿Le gustan a usted las corridas de toros?

—Hombre, ante te he dicho que la pelota es mi deporte favorito. Por los toros tengo la misma preferencia porque entiendo se trata de un espectáculo que si bien no me atrevo a negar tiene, en cierto modo, algo de deportivo, procede situarlo en un plano diferente. O sea, que son perfectamente compatibles ambas preferencias, ya que se trata de cosas fundamentales distintas. Mi afición a los toros me ha llevado a escribir "Fiesta", libro en el cual creo interpretar la idiosincracia y las emociones de los gentes de coleta. He visto torear a

grandes figuras de la tauromaquia. Tengo la satisfacción de decir que ví el año grande de Silverio Pérez antes de su terrible cogida. ¡Qué torerazo! En cuanto a Arruza, a mi regreso a La Habana, opi-

né que iba a ser torero de cien corridas anuales y creo que no me he equivocado después de leer los últimos comentarios llegados de España, en los que aseguran que está

a punto de batir el "record" de Juan Belmonte, el as que llegó a torear 109 corridas en 365 días.

De pronto y dando otro salto, este más aventurado, creí que debía hacer una pregunta propia de un periodista audaz y experimentado.

—Una última pregunta, don Ernesto —inquirí con el mayor de los desparpajos—, ¿podría usted decirme "por quién doblan las campanas" ahora?

A Hemingway le debió parecer que yo era un demente al que se habían olvidado de poner la camisa de fuerza. Hizo un gesto de sorpresa. Me pareció que hasta se puso en guardia. Luego, al comprobar que a lo sumo yo no pasaba de ser un insensato, me respondió dulcemente:

—Por el jai-alai, la "fiesta alegre" de los vascos...

x x x

Y ahí queda eso. Repito que soy pelotari y que nunca he escrito otra cosa que cartas a mi familia. Si esta entrevista merece la aprobación de los que la van a leer, consideraré que he ganado un difícil partido. Y, a lo mejor, el merecimiento a jugar otro. Francamente, si veo insertadas en "Cancha" estas cuartillas, me voy a creer que he equivocado mi profesión y entonces —¿por qué no?— me lanzaré a fondo al periodismo, capaz de entrevistarle al propio Grau San Martín en la Presidencia de la República de Cuba.

Si es al revés, perdónenme ustedes. He hecho lo que he podido...

La pregunta le obligó a incorporarse. Me miró como si estuviera frente a un demente. ¿Qué por quién doblan las campanas ahora? Por el jai-alai, la "fiesta alegre" de los vascos...

